

LISTA Y ARAGÓN, ALBERTO (1775-1848)

SONETOS

I

Moisés.

Expuesto fue del Nilo en la corriente
el que a Israel intrépido acaudilla,
borrando de la faz la vil mancilla
de esclavitud a su oprimida() gente;

y al rey, que en la niñez tierna, inocente,

ensangrentó la bárbara cuchilla,
con vigor celestial hiere y humilla,
y sepulta en el piélago inclemente.

Así necios los míseros tiranos,
o mandan que no nazca el pensamiento,

o que si nace audaz, al nacer muera;

mas oculto se expone a los humanos,
y crece, y llega el vengador momento,
y al déspota sumerge la onda fiera.

II

Orestes.

Dirige, Atrida, un numen enemigo
tu puñal, entre víctimas errante;
y sangre brota abierto y palpitante
el seno, que aunque aleve, fue tu abrigo.

De venganzas argivas ya testigo

huye el sol: arde en ira el gran tonante;
y no despide el rayo devorante
por darte igual al crimen el castigo.

Vive, y vive a las furias entregado;
que de tu madre el adulterio feo

y el hierro infando a tu maldad no alcanza:

y entre cuantos delitos han manchado
la casa infame del horrendo Atreo,
el delito mayor es tu venganza.

III

Arístides.

Arrojas de tu gremio, pueblo insano,
porque el nombre de justo no te agrada,
de la virtud la imagen consagrada,
gloria y modelo del linaje humano.

Pronto será, que la homicida mano

brille, y de ilustre sangre mancillada;
y la teja, ya honrosa y deseada,
por la cicuta trocará inhumano.

Goza Esparta sus héroes: Roma altiva,
los triunfos y laureles prometiendo,

su feroz prole incitará a adquirirlos;

y Atenas sólo a la virtud esquiva,
los varones ilustres persiguiendo,
sabe, más que otro pueblo, producirlos.

IV

Demóstenes.

Rayo de la elocuencia, ¿por qué truenas,
si es ya la libertad un nombre vano?
Trasibulo, lanzando al espartano,
no el vicio y la maldad lanzó de Atenas.

De tu sublime voz la patria llenas:

brillan asta y arnés contra el tirano;
mas ¡ay! del griego en la cuidada mano
las armas pesan más que las cadenas.

Sumido en ocio y en delicias, ¿quieres,
que el hierro, de los persas tan temido,

contra el astuto macedón esgrima?

Y aunque al tirano venzas, nada esperes:
que a un pueblo turbulento y corrompido
¿cuándo falta un Filipo que lo oprima?

V

Foción.

¿Perdiste, pueblo ingrato, la memoria?
¡Ay! ese anciano, que a la muerte envías,
por sus hazañas numeró sus días,
y te dio en cada hazaña una victoria.

Con él morirá Atenas; y tu gloria,

que sólo en sus virtudes sostenías,
se enterrará con sus cenizas frías,
y en su suplicio acabará tu historia.

Cuando hubo en ti valor, no lisonjero
demandaste cual ínclitas mercedes

tu misma sangre a un bárbaro tirano:

y esclavo ya del macedonio fiero,
libre y grande te juzgas, porque aun puedes

dar muerte al más ilustre ciudadano.

VI

Virginia.

Vuela, Virginia, por la vez postrera
de un padre al seno víctima adorada
la libertad de Roma esclavizada,
y el honor y la muerte allí te espera,

el puñal de Lucrecia otra vez hiera:

corra otra vez la sangre inmaculada,
y a los tartáreos dioses consagrada
deje, tirano, tu cabeza fiera.

La ven, y vuelven del fatal desmayo
los tímidos esclavos, ya varones:

que al contemplar cuál mano la vertía,

la oprimida virtud súbito rayo
rompe de los airados corazones,
y devora la infame tiranía.

VII

Marco Bruto.

¿Pensaste, oh Bruto, que a nacer volviera
la libertad, do Sila no aterrado
depuso la segur, de herir cansado,
teñida en sangre de la Italia entera?

¿De qué al mundo sirvió tu virtud fiera?

A un tirano clemente y desarmado
dado te fue oprimir; mas no fue dado
que libre Roma y corrompida fuera.

Pérfido Octavio, Antonio sanguinario
pendiente de un puñal con mano impía

tienen ya esa corona, que aborreces.

¡Oh virtud necia! ¡oh brazo temerario!
Si era forzosa ya la tiranía,
¿por qué a monstruos tan bárbaros la ofreces?

VIII

Roma bajo los césares.

Pan y circenses pide el pueblo fiero,
que sometiendo a su constancia el hado,
al pie del Capitolio vio postrado
al peno, al galo, al griego y al ibero.

Pan y circenses pide; y el que entero

no temió a Aníbal, junto a Roma armado,
aprende, de sus triunfos ya olvidado,
a obedecer a un déspota altanero.

Mas de aquella pobreza, que dio leyes,
de aquel valor, fatal a los humanos,

que hizo temblar los pueblos y los reyes,

conserva aún degradado las señales;
y así tan sólo pide a sus tiranos
breve alimento y juegos funerales.

IX

Tito.

Aquí yace el gran Tito, que elegido
para colmar la tierra de alegría,

del trono desterró la tiranía,
y venerado fue sin ser temido;

y aunque el cetro, a sus manos concedido,

hasta el linde del orbe se extendía,
igualó al cetro la virtud, y el día,
que no hizo un bien, lloró como perdido.

El hierro destructor la Parca esgrime,
y sus floridos años inclemente

lanzó al abismo del sepulcro helado;

mas el amor universal lo exime:
que jamás morirá, quien justamente
delicia de los hombres fue llamado.

X

Marco Aurelio.

A ti, sublime Aurelio, que el romano
venera entre sus dioses por primero,
he de cantar; a ti, del orbe entero
padre, moderador y ciudadano.

Tú a Roma, herencia siempre de un tirano,

registe, a todos blando, a ti severo:
el cetro de Nerón sañudo y fiero
fue adorable y benéfico en tu mano.

Y acusando las bárbaras crueldades,
que el poderío y la ambición maquinan,

tu nombre irá diciendo a las edades:

que sola imperio justo y justas leyes
hay, donde los filósofos dominan
o donde son filósofos los reyes.

XI

El trono.

De la regia amistad por fruto adquiere
Arato una ponzoña devorante:
a Luna incauto el odio, ya triunfante,
con la segur de la justicia hiere;

y la hermosa israelita, que prefiere

un rey al cetro y al laurel brillante,
casi en los brazos de su augusto amante
de mil puñales traspasada muere.

Conoce Arato a su asesino, y gime:
Raquel su tierno Alonso en vano nombra:

a Luna cubre ignoble sepultura.

Ya el trono ¿a quién deslumbra, a quién oprime,
sabiendo que es mortífera su sombra
al valor, la amistad y la hermosura?

XII

A Fernando III de Castilla.

Fernando, honor del trono, tú el primero
su invicta fuerza a nuestra España diste;
a la discordia audaz freno impusiste
y debelaste al mahometano fiero.

Padre del venturoso pueblo ibero,

aún más que de tus hijos, tú reuniste
virtudes de hombre y rey, y a un tiempo fuiste
sabio, legislador, justo y guerrero.

Dejaste al Betis tus cenizas caras;
al Betis, cuyos altos torreones

purgó tu acero del común tirano;

y si tan pronto al cielo no volaras,
hubieras tremolado tus pendones
en las playas del bárbaro africano.

XIII

Sully.

Noble Sully, tú osaste ser humano
junto al altivo trono, y sus favores
dispensaste, a pesar de aduladores,
fácil al pobre y duro al cortesano.

Fuiste amigo, no esclavo ni tirano

de un rey; y a los fanáticos furores,
de pérfida ambición encubridores,
la máscara arrancó tu sabia mano.

Tú a la Europa, ignorante todavía,
enseñaste el primero quién conserva

mejor que el hierro el solio de los reyes;

y siendo el pro común tu eterna guía,
las dádivas de Pluto y de Minerva
enlazaste en el cetro de las leyes.

XIV

A Enrique IV de Francia.

Mueres, Enrique, y en la tumba encierra
fanático furor los bellos días,
que a tu patria, a la Europa prometías,
plegado ya el pendón de infanda guerra.

Si tu clemencia y tu valor lo aterra,
sus iras se embravecen más impías;
y en vano mil virtudes oponías
al monstruo vil, que dominó la tierra.

Pasó la horrible noche de su gloria;
y en el oscuro abismo encadenado

ni aguza su puñal, ni sangre vierte;

mas aún espanta al mundo su memoria;
y de tan fieros crímenes culpado,
el más fiero de todos fue tu muerte.

XV

Gonzalo de Córdoba.

Tú, Gonzalo inmortal, fuiste el primero,
que dictó leyes al furor de Marte:
por ti siempre invencible su estandarte
en ambos orbes tremoló el ibero.

El altivo francés y el turco fiero

probaron ya tu espada, ya tu arte,
que de la tierra a la abrasada parte
antes lanzara al árabe guerrero.

Sin dejar de ser fiel, fuiste envidiado
de tu rey; y en su tumba, que cercana

fijó a la tuya misterioso el hado,

gime al ver que tu gloria y la española
coronan tu ceniza; y sombra vana
aun se indigna del Liri y Ceriñola.

XVI

A la muerte de D. Ramón de la paliza, mi amigo.

Vive el inicuo, y logra sosegado
de crímenes sembrada su carrera,
y burla en larga vida y placentera
la tarda indignación del cielo airado:

y el justo, cuyo aliento prolongado

dulce consuelo de los hombres fuera,
baja al sepulcro en su sazón primera,
de la envidiosa Parca arrebatado.

¡Ay! cuando más de ti se prometía,
en tu temprana edad te pierde el suelo,

y la fe y la bondad mueren contigo:

y robó el hado en tan acerbo día
a las virtudes su mejor modelo,
y al triste humano su mayor amigo.

XVII

A Eutimio.

Suele al mirar la nave zozobrando
alegrarse el que habita en la ribera,
no del mal, que a los náufragos espera,
sino de la quietud que está él gozando.

A mí, del crudo piélago escapando,

en que probé de amor la saña fiera,
la razón bienhechora, aunque severa,
me da en su seno acogimiento blando.

Mas defendido con su amparo cierto
y asegurado en su eminente abrigo,

tiemblo, Eutimio, a la mar embravecida;

pues al tender la vista desde el puerto,
eres tú el que naufragas, dulce amigo,
mitad, la que más amo, de mi vida.

XVIII

A Alcino.

El que escapó del piélago violento,
habiendo ya bebido la onda fiera,
fastidiado vegeta en la ribera,
y volver quiere al mar y al crudo viento.

Mi corazón tornó, de amor exento

y escarmentado, a su quietud primera;
mas ¡ay! ya nada teme, nada espera,
y es sinsabor y es tedio cada aliento.

Detesto la razón: su luz me ofende:
amo el placer falaz, que fue mi daño,

y echo menos, oh Amor, tus dulces dones:

que no, mi Alcino, sin dolor se aprende
tras tantos siglos de sabroso engaño
el arte de vivir sin ilusiones.

XIX

A Delia.

Si vi tus ojos, Delia, y no abrasaron
mi corazón en amorosa llama;
si vi tus labios que el abril inflama
de ardiente rosa, y no me enajenaron;

Si vi el seno gentil, do se anidaron

las gracias, do el carmín, que Venus ama,

sobre luciente nieve se derrama,
e inocentes mis ojos lo miraron:

no es culpa, no de tu beldad divina:
culpa es del infortunio, que ha robado

la ilusión deliciosa al pecho mío.

Mas si en el tuyo la bondad domina,
más querrás la amistad de un desgraciado,
que de un dichoso el tierno desvarío.

XX

La sociedad.

Do el bárbaro habitó choza mezquina
de sangre y latrocinios siempre ansioso,
seguro por la ley, quieto y dichoso
el hombre en las ciudades se avecina;

y do se alzaba bajo triste encina

el crudo altar del drúida() espantoso,
vergeles pinta el mayo delicioso
y recama de mieses la colina.

Estos son, sociedad, tus gratos dones:
tú al placer, tú a la paz, tú al amor santo

convidas los humanos corazones:

que la perfidia vil, el odio esquivo,
y de la envidia el rencoroso llanto
reliquias son del bosque primitivo.

XXI

La envidia.

Dulce es a la codicia, cuando alcanza
doblar el oro inútil, que ha escondido;
dulce al amor, feliz o desvalido,
meditar ya el placer, ya la esperanza.

Dulce es también a la feroz venganza,

que no obedece al tiempo ni al olvido,
los sedientos rencores, que ha sufrido,
apagar entre el fuego y la matanza.

A un bien aspira todo vicio humano:
teñida en sangre la ambición impía

sueña en el mando y el laurel glorioso.

Sola tú, envidia horrenda, monstruo insano,
ni conoces ni esperas la alegría:
que ¿dónde irás, que no haya un venturoso?

XXII

La esperanza.

Dulce esperanza, del prestigio amado
pródiga siempre, que el mortal adora,
ven, disipa piadosa y bienhechora
las penas de mi pecho acongojado.

Vuelve a mi mano el plectro ya olvidado,

y al seno la amistad consoladora;
y tu voz, oh divina encantadora,
mitigue o venza la crueldad del hado.

Mas ¡ay! no me presentes lisonjera
aquellas flores, que cogiste en Gnido,

cuyo jugo es mortal, aunque es sabroso.

Pasó el delirio de la edad primera,
y ya temo el placer, y cauto pido,
no la felicidad, sino el reposo.

XXIII

La razón inútil.

Es tarde ya para que amor me prenda
en su lazo halagüeño y fementido:
que aunque tal vez de la razón me olvido,
el hielo de la edad ¿quién hay que encienda?

Es tiempo, ¡ay triste!, que a su voz atienda,

mi juvenil esfuerzo ya perdido,
después de haberla insano desoído,
cuando ser pudo de mi esfuerzo rienda.

Así va: los humanos corazones
sufren en la verdad y en el engaño;

y sin gozar de sí ni un solo día,

venden la juventud a las pasiones,
la edad madura al triste desengaño,
y la vejez a la razón tardía.

XXIV

A Elisa.

En vano, Elisa, describir intento
el dulce afecto, que tu nombre inspira;
y aunque Apolo me dé su acorde lira,
lo que pienso, diré, no lo que siento.

Puede pintarse el invisible viento,

la veloz llama, que ante el trueno gira,
del cielo el esplendor, del mar la ira;
mas no alcanza al amor pincel ni acento.

De la amistad la plácida sonrisa,
y el puro fuego, que en las almas prende,

ni al labio, ni a la cítara confío;

mas podrás conocerlo, bella Elisa,
si ese tu hermoso corazón entiende
la muda voz, que le dirige el mío.

XXV

Del amor.

Alcino, quien los ásperos rigores
de una ingrata beldad vencer procura,
ni encantos a la tésala espesura,
ni a la remota Colcos pida flores.

Amar es el hechizo, que en amores

la victoria y las dichas asegura,
y somete el pudor y la hermosura,
y corona al amante de favores.

Mas si el vil seductor quiere que sea
una impura pasión amor hermoso,

no se admire de verla desdeñada:

que no es amante el que gozar desea,
sino el que sacrifica generoso
su bien y su placer al de su amada.

XXVI

La ausencia.

Nace la aurora, y el hermoso día
brilla de rojas nubes coronado:
en mi pecho, de penas abrumado,

la sonrosada luz es noche umbría.

De las aves la plácida armonía

es para mí graznido malhadado,
y estruendo ronco y son desconcertado
el blando ruido de la fuente fría.

Brotan rosas el soto y la ribera:
para mí solo, triste y dolorido

espinas guarda el mayo floreciente:

que esta es, oh niño dios, tu ley primera:
no hay mal para el amor correspondido,
no hay bien, que no sea mal para el ausente.

XXVII

La duda.

¿Si será de amistad, Filis hermosa,
la grata llama, que en el pecho siento;
que como propio tu dolor lamento,
y soy feliz, cuando eres venturosa?

¿O será amor? Tu imagen deliciosa

grabada está en el alma, y el momento,
que obligado la deja el pensamiento,
me es ingrato el pensar, la vida odiosa.

Amor es: este ardor de verte, este
inefable placer cuando te veo,

¿quién sino el dulce amor puede inspirarlo?

Mas ¡ay! es como tú puro y celeste:
e ignorando los fuegos del deseo,
halaga el corazón sin abrasarlo.

XXVIII

A mi amada en el día de su santo.

Nota()

Ven, primavera, ven; y antes que dores
la hermosa cuna, donde nace el día,
el dulce nombre de la amada mía
corona con tus rayos y esplendores.

Brote la tierra anticipadas flores:

sople el aura gentil, que el mayo cría:
rebose en selva y prado la alegría,
y el ruiseñor festivo cante amores.

Añade nuevo lustre a la hermosura
de mi adorado bien, y nuevo encanto

a aquel mirar, que cuando hiere, halaga;

y añade nuevo fuego a la ternura
de su pasión: que nunca será tanto,
que al de mi ansioso pecho satisfaga.

XXIX

La belleza: traducción del Petrarca.

¿Dónde cogió el Amor o de qué vena
el oro fino de su trenza hermosa?
¿En qué espinas halló la tierna rosa
del rostro, o en qué prados la azucena?

¿Dónde las blancas perlas, con que enfrena

la voz suave, honesta y amorosa?
¿Dónde la frente bella y espaciosa,
más que el primer albor pura y serena?

¿De cuál esfera en la celeste cumbre

eligió el dulce canto, que destila

al pecho ansioso regalada calma?

Y ¿de qué sol tomó la ardiente lumbre
de aquellos ojos, que la paz tranquila
para siempre arrojaron de mi alma?

XXX

La timidez: traducción del Petrarca.

Cuando el planeta, que embellece el día,
vuelve a la casa del rosado Toro,
y entre las puntas de encendido oro
vivificante ardor al suelo envía;

no a la faz sólo de la tierra fría

da en bellas flores nítido decoro;
mas de la vida el celestial tesoro
lleva del centro a la mansión umbría.

Así mi hermoso sol su luz me ofrece:
me mira, y va en mi seno derramando

de dulce y blando amor llama halagüeña.

Mas ¡ay! mi labio tímido enmudece;
y aquel precioso fuego malogrando,
pierdo sin fruto la estación risueña.

XXXI

La querella: traducción del Petrarca.

Cuando Febo en los piélagos de Atlante
templa su ardor y el aire se oscurece,
quejas doy de mi mal, que entonces crece,
a la alba luna, al cielo rutilante.

Mi dolor cuento, simple e ignorante,

a Amor, que en los rendidos se enfierece;
al adormido mundo, que enmudece,
y al dueño esquivo de mi pecho amante.

De mis cansados ojos huye el sueño:
triste suspiro y lamentable lloro

en mi rostro y mis labios halla el día.

En tanto el alba su esplendor risueño
difunde hasta el cenit: ¡y el sol, que adoro,
no amanece a templar la pena mía!

XXXII

La noche: traducción del Petrarca.

Hora que callan cielo, tierra y viento,
y duermen sosegados ave y fiera,
el negro carro lleva por la esfera
la noche, y yace el mar sin movimiento;

yo sólo peno y ardo, y ni un momento,

desbrava mi dolor, ni tregua espera:
mas ¡ay! que él es de mi existencia entera
a un tiempo la delicia y el tormento.

En un raudal cuajado de amargura
mi ardiente sed alivio y refrigerio;

una es la mano, que me hiere y cura:

y así en el breve término de un día
mil veces, crudo amor, renazco y muero,
y siempre incierta está la vida mía.

XXXIII

Regalo a una nueva esposa: traducción del Bondi.

Esta, que aún lleva la encarnada espina,
gloria de su vergel, purpúrea rosa,
y esta blanca azucena y olorosa,
bañada de la lluvia matutina;

un pastorcillo a tu beldad divina

ofrece, pobre don a nueva esposa;
y no mal te convienen, Fili hermosa,
cuando a adornar tu pecho las destina.

Del virgíneo carmín la rosa llena
retrata tu pudor, y en sus albores

tu casta fe la cándida azucena;

y ese mirto, que anuda las dos flores,
es, felices esposos, la cadena,
con que os enlaza el dios de los amores.

XXXIV

La necesidad: traducción del italiano.

El duro remo en la cansada mano
y sometido al látigo inclemente,
implora el galeote tristemente
la libertad, aunque la implora en vano.

Mas si tal vez la alcanza, luego insano

de abandonar los mares se arrepiente:
la dicha de ser libre ya no siente,
y en precio vil la vende a su tirano.

Así yo delirante, dueño impío,
con la argolla fatal mi cuello gravo,

aunque logré por tu traición romperla,

y aún es mayor que su delirio el mío;
pues sin merced alguna ser tu esclavo,
es dar la libertad y no venderla.

XXXV

El amor perfecto: traducción del Zappi.

Amo a Leucipe: aunque Leucipe ignora
mi callada pasión, la amo constante:
mi gloria es adorarla: el pecho amante
ni premio anhela, ni piedad implora.

Y la amo, aunque, gentil y halagadora,

a un dulce esposo su belleza encante:
que no el purpúreo celestial semblante,
ni el lindo seno en ella me enamora.

Y la amaré, cuando la pompa verde
marchite de su abril el tiempo odioso:

que amo en ella aquel bien que no se pierde.

Y la amaré, cuando eclipsada estrella
desfallezca mortal: que más hermoso
será entonces el bien que adoro en ella.